

# El efecto silencio



Luciano  
Muriel



NO TE LO   
**PUEDO DECIR**

El  
efecto  
silencio

Jon



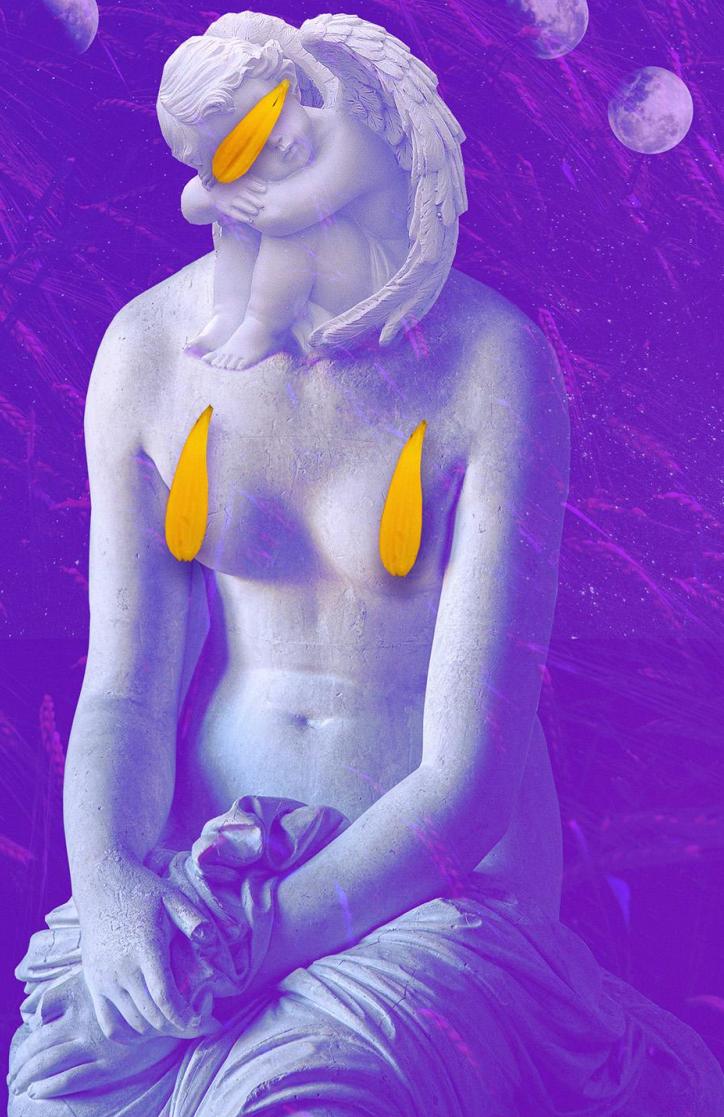
El  
efecto  
silencio

Dina



El  
efecto  
silencio

Kala



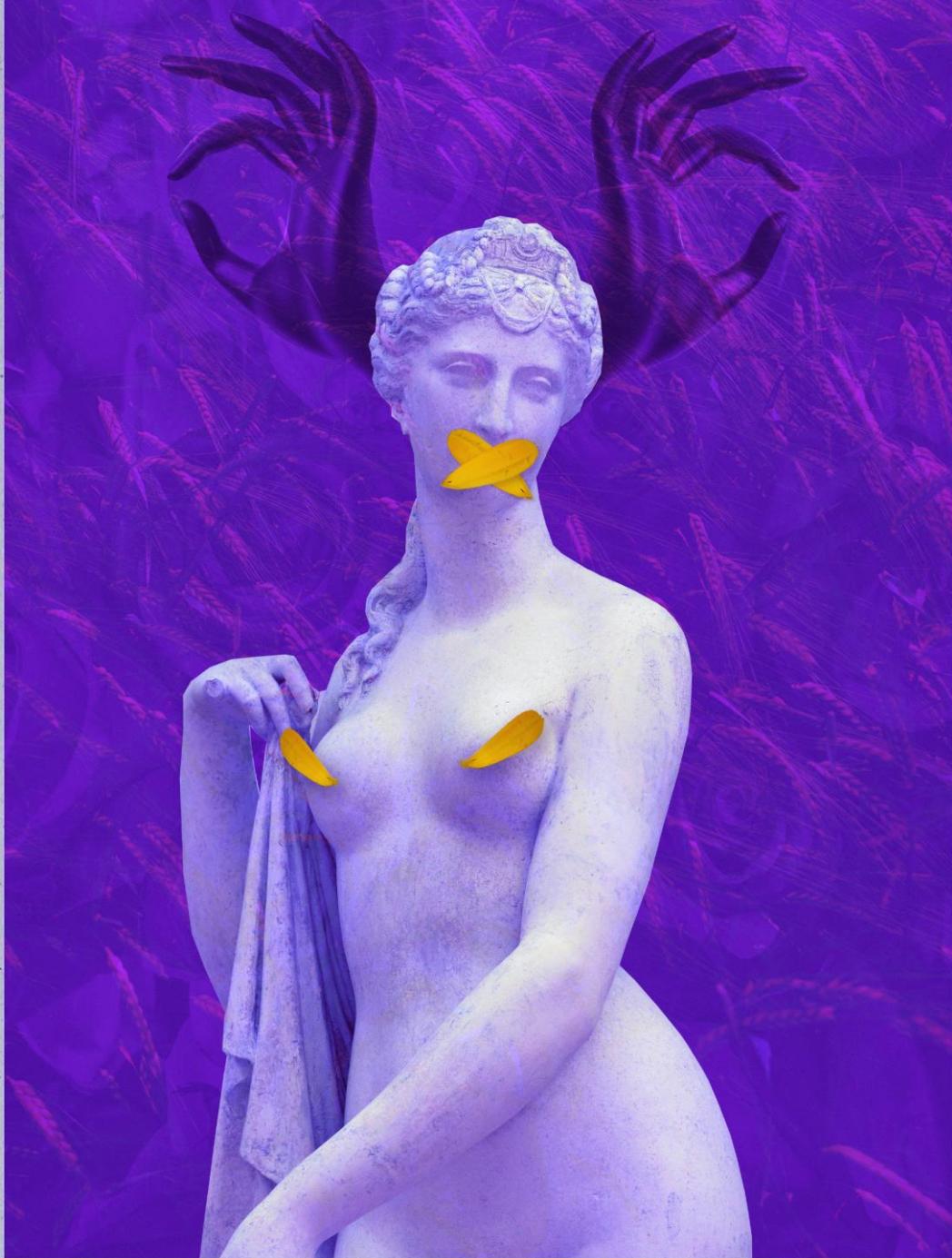
El  
efecto  
silencio

Lucas



El  
efecto  
silencio

Adri



El  
efecto  
silencio

Darío



Esta muestra ha sido descargada del sitio web  
de su autor ([www.lucianomuriel.es](http://www.lucianomuriel.es))

Siquieres leer la novela íntegra, puedes  
adquirirla en la web de la editorial Sar  
Alejandría, en librerías y plataformas o puedes  
contactar directamente con su autor.

# El efecto silencio

Luciano Muriel

A Carmen y Leonor, las profesoras de Lengua y Literatura  
de mi adolescencia.

Gracias por inocularme el lento veneno  
de la narrativa

«Si alguna vez vuelvo a tener ojos, miraré verdaderamente  
a los ojos de los demás,  
como si estuviera viéndoles el alma.»

*Ensayo sobre la ceguera*  
José Saramago



# 1

“Haber si quedamos”.

Tras la sugerente propuesta, el desolador silencio. ¿De veras me ha escrito eso? El móvil se ha tambaleado en mi mano, pese a que lo tengo bien agarrado. Me hubiese encantado ver mi propio rostro al leer semejante oración. ¿Y ahora qué respondo? ¿La bloqueo? ¿La ignoro? ¿Apago el teléfono? Antes de tomar una decisión desafortunada, levanto la vista de la pantalla para evadirme de mi burbuja mental. Si quisiera, ahora mismo podría seguir mi vida como si no hubiese hablado con ella por *Whatsapp* durante las últimas tres semanas. Simplemente desaparecer. Aunque quizá esa no sea la alternativa más justa. Ni tampoco la más inteligente, sobre todo teniendo en cuenta que podría encontrármela por Arévalo en cualquier momento. Una voz interior con cierto soniquete metálico ladra en mi interior para prevenirmel de mi estupidez. Qué hartazgo. ¿Por qué me tienen que generar ansiedad estas situaciones? Estoy solo en mi habitación, tumbado en mi cama, tan a gusto. Por suerte no tengo que disimular ni fingir que no me he dado cuenta. Puedo tomarme unos segundos para respirar y pensar. No tengo claro si estoy dispuesto siquiera a seguir descubriendo a una chica que escribe “haber si quedamos”. Por muy buena que esté. Es cierto que Dina me parece una chica guapa; sin embargo, este accidente ha teñido de grises todas las fantasías

que había construido en torno a su imagen en los últimos días. Debo asumir que esta mujer dos años y cinco meses mayor que yo ya no alcanzará las expectativas que me había montado durante nuestro cruce de anécdotas, datos personales y alguna que otra foto guerra. Ahora la realidad se torna muy diferente. Todo lo que había supuesto sobre su tono de voz al enfadarse, su forma de suspirar durante un silencio incómodo o su forma de caminar cuando lleva prisa está derritiéndose inevitablemente bajo la lluvia de su mala ortografía. Lo sé con certeza: a partir de ahora la fluidez diaria de nuestras conversaciones disminuirá hasta que solo nos quede intercambiar escasos y poco frecuentes “¿qué tal todo?”.

“Ey, ¿estás? Que es una broma, coño”. Otro silencio, esta vez envuelto de incertidumbre. Por alguna razón, mi mirada se desvía hacia la calle a través del cristal, tal vez impulsada por la improbable idea de que Dina me esté espiando. Todas las ventanas de mis vecinos están coloreadas de negro. Ningún ser viviente a la vista.

“¿El qué es broma?”, respondo.

“Si hubieses seguido escribiéndome como si nada, te habría bloqueado”. Se me dibuja una sonrisa sin querer. Esa ha sido buena. Mi inclinación a creer que entre Dina y yo va a haber una química brutal vuelve a alcanzar en milésimas de segundo su punto más álgido. Así funcionan en tantas ocasiones las ruedas dentadas que encienden las emociones.

“Jajajaja”, escribo mientras disfruto de cómo esa carcajada resuena en algún recoveco de mi cerebro.

“Ahora en serio, a ver si quedamos, que yo este domingo ya me voy a Salamanca”, me responde enseguida. Por supuesto

que debemos quedar. Y cuanto antes. “¿Qué tal mañana?”. Ya está, me he lanzado en plancha al vacío. A un vacío que ella previamente había forrado de gomaespuma, lo reconozco.

Ahora soy yo el que espera. Apenas uno o dos minutos que se me hacen eternos. Finalmente, el teléfono vibra. “Venga, vale. Así nos despedimos”. Esa última frase no me hace ni puta gracia. ¿Acaso nos diremos adiós el mismo día en que nos vamos a conocer? Dudo si responder con una afilada bordería o, de lo contrario, con alguna indirecta calenturienta que nos invite a ambos a una conversación animada y a lo que pueda venir después. Me decanto por activar la cámara de mi teléfono móvil, bajar el pantalón y levantarme la camiseta para que la cámara capture mi torso. El flash emite un breve destello que ilumina mi ropa interior. La foto no ha salido del todo mal; muestra mi ombligo recubierto de vello y mis calzoncillos de color azul celeste. No tengo claro que una imagen a la que mi médico puede acceder en una revisión cualquiera le vaya a despertar algún tipo de morbo, pero, en fin, tampoco cuento con otro producto que mostrar, así que se la envío. Los minutos que suceden en silencio vuelven a agitar mi respiración. ¿Me habré precipitado? ¿Pensará que soy un salido? Debería haber dicho algo antes de mandar esa foto que, desde luego, es de todo menos elegante. No me extrañaría que me bloquease. Ya nos habíamos enviado más material de este estilo, eso sí, siempre después de un aviso previo. No me gustan estos juegos no pactados, pero me ha puesto hacerlo sin avisar. Seguramente a ella no le esté haciendo ninguna gracia. De hecho, se habrá levantado para ir corriendo al baño y vomitar.

Los minutos se alargan cada vez más. No hay respuesta de Dina.

Estoy a punto de bloquearla a modo de táctica defensiva cuando el teléfono vibra con un mensaje suyo. “Anda, idiota, déjate esto para cuando nos conozcamos. Mañana concretamos la cita, ¿vale? Beso”. Siento una sacudida en el pecho. La he liado. Estará pensando que soy un niño. Y lleva toda la razón. Ella va a empezar la universidad y yo bachillerato. Me lleva eones de ventaja. Si hasta ha conseguido tomarme el pelo con una broma tan estúpida como la de poner faltas de ortografía apostila. De pronto me siento un imbécil. Tal vez debería cancelar la cita de mañana. Me quedan dos días para empezar el instituto. Allí voy a rodearme de chicas de mi edad, más acordes a mí. Tendré numerosas oportunidades para superar este momento de humillación. Entonces el móvil vuelve a vibrar. Al comprobar que es un mensaje de Dina, siento otra convulsión en el pecho. De inmediato lo abro y veo una foto de su cuerpo en tanga y sujetador. Este giro sí que no lo esperaba. Qué piel tan bonita; eso es lo primero que pienso siempre que me manda una foto de este rollo. ¿Desde cuándo soy tan cursi? No suele fascinarme la piel de nadie, pero lo de Dina es de otro mundo. Su epidermis es blancuzca y está libre de lunares, verrugas, espinillas, glaucos, antojos y demás imperfecciones. Un sueño níveo. Mi cuerpo y el calor que este irradia suplican que los vuelva a fotografiar para obtener otra recompensa gráfica similar o superior; pero mi cerebro toma la drástica decisión de detenernos aquí. No por miedo, sino por precaución. Porque sé que, si Dina cometiese otra falta ortográfica, arrojaría el móvil por la ventana. O, qué cojones, a lo mejor sí es por miedo. ¿Es que no tengo derecho a tener miedo? Tecleo a toda velocidad. “Pues mañana concretamos. Me voy a dormir. Descansa. Besos”. Añado una carita con la baba colgando. Por último, bloquee el móvil antes de que pueda responder, lo conecto al cargador y lo dejo en la mesilla recuperándose del trote diario.

Al cerrar los ojos, mi mente evoca la piel pálida e inmaculada de Dina con apenas su conjunto de ropa interior. Mientras el sueño me gana terreno, me vuelvo consciente de lo cachondo que me ponen los anuncios de lejía.

\*\*\*

Me dirijo hacia la plaza del Real. He quedado con Dina delante del ayuntamiento. Aún están servidos los restos de un verano que ya empieza a apestar a descomposición. De algún modo comprendo que la temperatura permanece tibia solo para que la gente de mi edad pueda digerir que el lunes volveremos a clase. Ya se adivina entre los grupitos de amigos que me cruzo ese pesar compartido que produce septiembre. Y, sin embargo, yo estoy concentrado únicamente en esta mezcla de nervios y retortijones que no consigo calmar. Quedar con alguien por primera vez me parece una mierda. Es cierto que Dina y yo ya nos conocemos de antes, pero nuestro único encuentro fue tan etéreo y tan etílico que ni siquiera puede ser considerado como tal. Por supuesto, en Arévalo todos nos conocemos de vista. Yo a Dina ya la tenía fichada porque ha terminado el bachillerato en mi instituto este mismo año. Sospecho que haberla visto casi siempre sola, recorriendo pasillos y escaleras durante los cinco minutos de descanso entre clase y clase, fue lo que llamó mi atención. Además de su piel. También me llamaba la atención su cabello largo, liso y negro; como el de una rockera antigua. O sus ojos grandes e inquietos. Me gustaba pensar que escondían algo. Tal vez un asesinato, yo qué sé. Tengo la manía de fijarme en esas personas que de primeras no ofrecen mucha información sobre sí mismas; simplemente para inventármelas. Así de lamentable puedo llegar a ser.

No soporto el pánico que me produce llegar a un sitio donde he quedado con alguien a quien apenas conozco. Deberían inventar ya un atajo para este trámite. Es demasiado cruel. Llegar, mirar entre la gente por si ha llegado o no, temer equivocarte, poner cara de “ey, ¿qué pasa?”. Resulta demasiado artificial. Sin embargo, los nervios y sus descargas eléctricas no consiguen que pase de todo esto y me vuelva a mi casa. Así que, al llegar a la plaza, busco a Dina con la mirada. No la veo. Tampoco hay demasiada gente; aún hace calor. Sigo buscando.

Por fin la vislumbro a lo lejos, junto a la estatua de un famoso escritor arevalense del cual una vez leí un poema que no me gustó nada. La encuentro más guapa e interesante que en las fotos. Además, se ha puesto unas bermudas y una camiseta de *V de Vendetta*. Eso le otorga puntos. No he visto la película, pero me flipa su estética. Ambos ponemos una sonrisa de imbéciles que será nuestra carta de presentación.

—Ey, ¿qué pasa? —suelto, confiando en el ritual.

—Hombre, Jon, por fin, ¿no? —responde ella con una seguridad inesperada.

—Ya ves.

Nos damos dos besos, uno por mejilla, como diría ese cantante que mi padre siempre nos ponía en el coche. Su rostro desprende un aroma agradable, natural. No me recuerda a ningún perfume ni a ninguna crema.

—Al final te has pasado todo el mes en el pueblo, ¿eh? —me dice.

Es curioso; para mí, mi pueblo es el pueblo de mis abuelos maternos: Barromán. Apenas contendrá doscientos habitantes,

alguno más en verano. Sin embargo, para muchos madrileños u otros moradores de grandes ciudades, Arévalo es su pueblo. Por lo visto, todos necesitamos un lugar más pequeño al que poder regresar.

—Se me ha hecho eterno, para qué engañarnos —respondo.

No miento. Los veranos en Barromán son de lo más aburridos. Lo único que agradezco de pasar allí casi los tres meses de verano es disfrutar de sus caminos y paisajes cuando salgo a hacer *running*.

—Cogemos unas cervezas o algo, ¿no? —propone.

—Por mí genial.

—¿Hace falta que te las compre yo?

Dina emite una sonora carcajada. Demasiado sonora. No me sorprende; nuestra diferencia de edad, y especialmente la minoría de la mía, ha sido el hilo conductor más significativo de nuestras conversaciones.

—No, tranquila —respondo con el mismo tono sarcástico—. La cerveza es legal a partir de dieciséis.

—Ah, bueno, me alegra que no vayamos a delinuir.

Quizá, para otra persona, este tono en una primera conversación sería desagradable. Incluso violento. Para mí es puro gas.

Entramos en el supermercado más cercano para comprar un pack de latas bien frías. Dina quiere invitarme y yo no pongo ningún pero. Tras el acuerdo tácito, nos vamos hacia el parque

de la Alameda. Allí ocuparemos una pequeña parcela de césped en la que empezar a construir nuestra cita.

—¿Y tu verano qué tal? —pregunto.

—Pues ya has visto que me he tocado las narices a dos manos.

—Qué menos. Cuando yo apruebe la selectividad haré lo mismo.

—Si la apruebas.

Sonrió maliciosamente.

—Ya te pediré ayuda, por si acaso —suelto finalmente.

Dina me acompaña en este sonreír. Los absurdos de una primera cita suelen ser insufribles. Para sobrellevarlos, abrimos nuestras cervezas. Yo le pego a la mía un trago de unos seis segundos con la esperanza de que me ayude a templarme.

—Podría echarte un cable, sí. También vas a hacer humanidades, ¿no? —pregunta—. Va a ser un paseo, ya lo verás.

—La verdad es que me apetece cero hablar ahora del instituto.

Dina emite otra carcajada que se me hace de lo más escandalosa. Y yo no llevo muy bien el tema de los ruidos.

—Pues di tú de qué hablamos —espeta tras su estridente risotada.

—¿Qué tal acabaron las fiestas de Horcajo?

Vuelve a reír. Esta vez, al no haber factor sorpresa, resulta menos molesto.

—Pues mejor que tú, la verdad —responde.

Siento cómo las mejillas se me encienden de la vergüenza.

—Estuvieron bien —prosigue—, no me gustan especialmente las fiestas de los pueblos, pero, bueno, las de Horcajo están más o menos divertidas.

—Al menos allí tenías a Sara.

Sara es de Horcajo, sí, pero sobre todo es la única persona a la que yo he visto alguna vez con Dina.

—¿Sois muy amigas? —pregunto.

—Somos buenas compañeras.

Dina deja un breve silencio que confirma mis sospechas.

—Pero en las fiestas me salvó la vida —añade.

—Y yo te la jodí, ¿no? ¿Quieres decir eso?

—No quiero decir eso porque si no lo hubiese dicho.

—Estuve un poco pesado...

—Un poco. Pero fuiste gracioso. Además, me dejaste con el ego por las nubes toda la semana.

—¿Y eso?

—Nunca se me habían declarado en mitad de una verbena con *Soldadito marinero* de fondo.

Maldito sea el alcohol que bebí esa noche, pero ¿qué se podía esperar de un chaval de dieciséis años que llevaba todo el verano recluido en el pueblo de sus abuelos y al que le habían concedido una sola noche para salir sin condiciones?

—Vamos a ver, declarado... Te dije que me molabas —me excuso.

—Y más, y más...

—Y que deberíamos quedar para conocernos mejor. Bueno, en realidad para conocernos, simplemente.

Dina me observa en absoluto silencio.

—¿Hasta ahí te acuerdas?

—Sí, porque no te dije nada más. Mis amigos de Barromán me lo confirmaron.

Ahora me enseña los dientes. Está saboreando su triunfo.

—Pues sí que ibas pedo... —afirma tajante.

Deduzco que el tema ha llegado a un punto muerto. O que a lo mejor yo no quiero que siga por un cauce demasiado vivo.

—Ha estado guay que estos días hablábamos por *WhatsApp* —confieso para cambiar de tema—. Me he aburrido en mi pueblo mucho menos que otros veranos.

—¿Entonces eso es lo que soy? ¿Un bufón?

—¡No, hombre! A ver... Solo digo que me ha gustado ir conociéndote.

Dina vuelve a reírse. En este momento de vergüenza su aguda risa resulta aliviadora.

—Ha estado bien, sí —responde con dulzura.

Estoy tan concentrado en descifrar sus palabras que, sin querer, me quedo embobado observando sus piernas lechosas. El problema es que no soy consciente de que he estado mirándolas más segundos de la cuenta. ¿Tan pronto ha empezado la cerveza a hacer su efecto? Ella clava su mirada donde yo había posado la mía.

—¿Qué buscas? —pregunta algo seria.

—¿Eh? Nada —respondo pegando un bote.

—No tengo glaucos, ¿eh?

—No, si no estaba...

Dina levanta una mano para interrumpirme. Yo callo cual autómata a las órdenes de su botón de *off*.

—Vale, vale. Da igual —me responde enseguida, regresando a su buen rollo—. Si lo había dicho de broma. No saquemos el dichoso tema, porfa.

—Yo también estoy hasta los cojones, la verdad.

—Solo de pensar en la que me espera en Salamanca... Ojalá solo tuviese los nervios normales de alguien que se cambia de ciudad.

—Yo prefiero ni pensar en la vuelta al insti.

—Pues eso, dejémoslo. Bastante tenemos con la tele... Menos mal que yo en la resi ni siquiera voy a poder verla.

—Ten cuidado con las novatadas.

Dina resopla con ironía.

—Veremos si no estoy rodeada de paletos.

Curioso comentario por parte de una chica de un pueblo de Ávila.

—Oye, ¿y te vas a quedar en Salamanca todo el curso? ¿O piensas volver de vez en cuando? —pregunto intentando ocultar mi preocupación.

—Supongo que vendré algún finde. Tampoco me agobies, que todavía ni me he ido...

Me quedo callado en señal de derrota. La estúpida idea de quedar con Dina un día antes de su mudanza recorre mi espalda como una pasta viscosa.

—Pero te prometo que cuando venga te dejaré mirarme las piernas, ¿vale? —añade en voz baja.

Se me escapa un carraspeo por culpa de la excitación. Definitivamente, Dina es dueña de una risa extraña y de un tono de voz encantador.

—¿Te puedes creer que todo esto me da vergüenza? —admito.

Dina asiente en silencio y, como impulsada por una fuerza divina, se levanta de su trozo de hierba y se acerca a mi cara. Nos miramos. Estamos a muy pocos centímetros. Siento cómo

mi estómago centrifuga la paella que me he comido a mediodía y cómo mis pulmones toman la pésima decisión de que ya no van a necesitar más aire. Pero Dina roza mis labios con los suyos y logra que el embrujo se desvanezca. Ahora estoy algo más tranquilo. Y algo más feliz.

—Por cierto, en la verbena de Horcajo, mientras sonaba *Soldadito marinero*, también me dijiste que te encantaría besarme toda la noche —me confiesa.

—¿Qué dices? Ni de coña salió eso de mi boca.

Dina asiente divertida. Yo agacho la mirada y retuerzo el labio superior tratando de recordar.

—¿Y a ti no te apetecía? —me pregunto a mí mismo en voz alta.

Ella me responde con otro beso. Este sí me sabe a cerveza.

# 2

Encuentro insultante esta resaca causada por dos latas de treinta y tres centilitros de cerveza. Abro los ojos y descubro que estoy en mi habitación. Soy incapaz de adivinar la hora. Estiro el brazo y agarro mi teléfono. Apenas tiene un seis por ciento de batería. Lo primero que hago es ponerlo a cargar. Despues, mirar la hora. Las dos y cuarto de la tarde. Con mucha calma, me pongo a releer mi última conversación con Dina. Anoche, al llegar a casa, seguimos hablando un buen rato. Y juraría que el tono que ambos empleamos fue más intenso que otras veces. Casi hasta romántico. A lo mejor porque estábamos un poco borrachos. Al releer todo de nuevo, encuentro que las bromas que nos hicimos se volvían más gráciles y personales en cada réplica, como si entre nosotros existiese una complicidad labrada durante años. No llegamos a hablar de nada trascendente, y, aun así, tampoco hizo falta. Siempre lo he tenido muy claro: el sentido del humor es la única llave que abre el verdadero camino a cualquier relación sólida. No creo que jamás considerase especial a una persona con la que nunca me rió.

Tras varios repasos a nuestras palabras escritas, me levanto de la cama. En el salón están mi madre y mi hermano Darío. Ambos comen alitas de pollo fritas mientras miran la televisión en silencio. Al verme, mi madre me mira con un gesto que se debate entre el disgusto y el hartazgo.

—Vamos, hombre, vaya horas —protesta.

—Menuda cara de resaca —malmete Darío.

Yo chasqueo la lengua con la intención de que me dejen tranquilo.

—Venga, cógete tu plato —ordena mi madre.

Obedezco y me sirvo unas cuantas alitas y dos litros de agua para mí solo. Cuando me he sentado, me doy cuenta de que mi hermano me está observando con una sonrisa de lo más peligrosa.

—¿Dónde estuviste ayer? —me pregunta.

—Pues por ahí —respondo con sequedad.

—¿Y con quién?

—¿A ti qué te importa?

Darío se ríe en voz muy alta. Mi madre chista con agresividad.

—¡Callaos un momento, hombre! —exclama tratando de oír el programa informativo.

Miro la televisión por primera vez desde que estoy en el salón y, oh, sorpresa: hablan de lo mismo de siempre. “Los expertos han mostrado su rechazo hacia la aceptación de determinadas pruebas.”, explica el presentador. “Son insuficientes, carecen de cualquier rigor y credibilidad”, se queja un tertuliano. Deduzco que tan solo manejan conjeturas, como ocurre a diario. “¿Qué dictaminará el juez de instrucción? ¿Se tomará estas pruebas verdaderamente en serio?”.

—Dios Santo... —suelta mi madre pasmada.

—Pero si están repitiendo lo mismo de siempre —se queja Darío.

—El Tribunal va a reabrir el caso. —repite ella—. Esto es muy grave.

—¿Y qué pruebas son esas? —intervengo.

—Calla y te enteras —me corta Darío.

“Juan Mora, quien fue acusado por el asesinato de su ex mujer el pasado año y que ya fue puesto en libertad por falta de pruebas hace ya cinco meses, vuelve a estar en el punto de mira tras haber sido diagnosticado el martes pasado de glaucoma cutánea. El diagnóstico se ha realizado tras la aparición de un glauco en su barbilla. Al conocerse la noticia, el juez ha decidido retomar el caso por si la sintomatología pudiese estar vinculada al presunto homicidio”. Lo cierto es que a mí nada de esto me sorprende demasiado. “Este acontecimiento, por supuesto, ha resultado de lo más polémico entre la opinión médica. Incluso ha llegado a despertar nuevas sospechas entre el sector proocultista.”

—Mamá, ¿tú te crees a los proocultistas? —pregunta Darío.

—No lo sé —responde ella en un murmullo.

De repente los tres estamos mirando la televisión sin pestañear. Así debe de estar todo el país ahora mismo. “Que dejen de decir imbecilidades, por favor. Los glaucomas no tienen un origen psicológico.”, dictamina una médica que colabora en el programa informativo. “Existen ya estudios muy respaldados

que demuestran que sí.”, le responde otro de los médicos colaboradores.

—Pues nada, ya empiezan otra vez. Qué coñazo —exhala Darío mientras mordisquea un trozo de pollo.

—Y lo que nos queda —añado yo.

—A vosotros no os ha salido nada, ¿no? —inquiere mi madre alarmada.

—Joder, Mercedes, ¿otra vez? —mi hermano muestra su hastío sin ocultamientos.

—Es que estoy preocupada.

—¿Y nos vas a estar preguntando todos los días? Porque me hago el *harakiri*, vamos.

—No sé qué es eso, Darío.

—Si nos sale algo, ya te lo diremos —intervengo.

Mi madre asiente resignada y continúa atendiendo a la tertulia con preocupación.

—¿Sabéis si a vuestro padre le ha salido alguno? — pregunta varios minutos después.

Entre Darío y yo se genera un silencio que alberga cierta tensión. Él aprovecha para beber agua y evitar así tener que ver la cara de nuestra progenitora.

—Está bien también —respondo yo.

Mi madre asiente de nuevo. Nadie vuelve a decir nada en toda la comida. Yo intento dejar de pensar en este asunto de los

glaucos, pero desde hace meses resulta imposible. Nadie habla de otra cosa. Un sentimiento colectivo generado por el miedo y la extenuación nos ha fagocitado a todos. Cada mañana, cada habitante de este mundo inspecciona su cuerpo en pos de manchas oscuras que antes no estaban ahí. De pronto me acuerdo de Dina. Me pregunto si ella me dejará examinarla más adelante. Lamentaría que una piel como la suya se ensuciara con algún glauco. Soy incapaz de imaginar qué ocurriría entre nosotros si esa circunstancia se produjese. ¿Seguiría interesado en ella? ¿O sería incapaz de seguir conociéndola? Quizás no sea el momento para pensar en eso.

Mi tarde transcurre a caballo entre el sofá y la cama. El último domingo antes de volver al instituto se ha convertido en el tramo más doloroso del verano. Más en este instante, después de haber conocido a Dina y disfrutado del sábado con ella. Ya había decidido no hablarle en todo el día, al menos para dejar reposar nuestra cita.

Mientras estoy releyendo nuestras conversaciones por enésima vez, Dario llama a la puerta de mi cuarto y asoma la cabeza por la rendija.

—Mira, ven.

Emito un gruñido de pereza mientras me levanto para dirigirme a su habitación. Allí él me espera con una carpeta de color negro. La observo con cierta curiosidad. Entonces él me mira y la abre con la sonrisa de un chiquillo que está a punto de cometer una travesura. En su interior se encuentran numerosas imágenes en blanco y negro de lo que parecen siluetas. O sea, tatuajes.

—¿Te vas a hacer otro? —pregunto—. ¡Si no te caben más!

Le pego una suave palmada en el brazo derecho, tratando de averiguar qué resquicio del cuerpo le queda libre para un nuevo garabato sin sentido.

—Que no, que no me voy a hacer nada, imbécil —me responde.

—¿Y entonces?

—¿Te molan?

Me detengo a contemplarlos con más atención. Yo no entiendo si este tipo de ilustraciones puede calificarse como mejores o peores, sin embargo, lo que veo tiene su rollo. Aunque yo ni a cambio de un millón de euros me grabaría en la piel una de esas cosas.

—Están guais, sí —le reconozco.

—Los he hecho yo.

En mi cara se debe de dibujar un evidente gesto de sorpresa. No esperaba que esa colección de pequeños esbozos hubiese salido del holgazán de mi hermano.

—¿En serio? —pregunto, por si acaso me estuviese vacilando.

—Que sí, joder —asegura con el semblante muy rígido.

—Son una pasada.

Darío me sonríe emocionado. Intuyo que soy la primera persona a la que le ha enseñado su pequeño tesoro.

—Quiero hacerme tatuador, tío —me dice con la misma sonrisa de ensueño.

—¿Y mamá qué opina?

—De momento no se lo voy a decir. Estoy mirando para hacer un curso por mi cuenta. ¿Tú sabes la cantidad de pasta que van a ganar los tatuadores a partir de ahora?

—¿Y el restaurante?

—Pues eso es lo que estoy mirando. Necesito cuadrar horarios, porque tampoco lo puedo dejar. Tengo que seguir pagando el coche.

—¿Papá lo sabe?

—Qué va. De momento solo tú.

Debo reconocer que, cursiladas fraternales aparte, me hace ilusión esto que acaba de decirme.

—Al tío Eduardo no le va a hacer ni puta gracia —le recuerdo.

—Pero que todavía no me voy a ir. Solo quiero hacerme un curso.

—¿Y luego vas a trabajar de tatuador?

—Hombre, pues algún día sí. Con diecinueve años no estoy pensando en quedarme de camarero toda la vida.

—Haber *estudiao*.

—Vete a la mierda. Estudia tú, no te jode. Que mañana empiezas el instituto, ¿no?

—Vete tú a la mierda, pedazo de gilipollas.

Nos sacamos el dedo corazón mutuamente. En ese momento le pido a la vida que a Darío y a mí nunca nos falten las ganas de mandarnos a esa mierda tan nuestra.

\*\*\*

La alarma del móvil se clava en mi cabeza como si me hubiese caído una stalactita en medio de un sueño. A tientas, la detengo y compruebo que en mi teléfono no hay notificaciones. En efecto, hoy es un día horrible para todas las personas que forman parte de mi círculo de amigos y nadie pretende escribir a nadie. Me levanto sin pensar demasiado en el devenir del día y me meto en la ducha para después desayunar y marcharme al instituto. Apenas me encuentro a gente por la calle; tan solo a un par de chavales de mi edad con sus respectivas mochilas. A medida que me voy acercando a mi destino, el volumen de estudiantes que camina hacia allí va aumentando.

En la entrada principal me encuentro a Kala, una de mis mejores amigas. Su verdadero nombre es Carla, pero cuando era una niña sufría problemas de pronunciación y ella misma siempre se autodenominaba “Cala”. Y, como su padre también se lo llamaba porque le hacía gracia, con Kala se quedó. Al menos a ella le encanta. Es más, fue idea suya lo de cambiar la “k” por la “c”. Asegura que queda más chulo, aunque no sé yo.

Me voy acercando a donde está, pero se encuentra tan inmersa en su teléfono que ni repara en mi llegada.

—¡Kala! —exclamo para llamar su atención.

Ella levanta la mirada y me sonríe con el hieratismo que le caracteriza.

—¡Ey, Jon! ¿Qué tal? —me pregunta.

Entre las cualidades de mi amiga no se encuentra su extroversión a la hora de dar muestras de afecto. Castellana de manual, que diría mi madre. Como siempre, soy yo quien toma la iniciativa y le doy dos besos.

—Pues bien —respondo con un notable sarcasmo.

—Al final estamos en la misma clase, ¿no? —se asegura ella.

—Eso ponía en la web del insti.

—Tenemos a Pedro de tutor, menos mal.

—Si no lo conoces...

—Pero me han dicho que es majete.

Ambos entramos en el edificio que nos acogerá estos nueve meses durante todas las mañanas de lunes a viernes. Me angustio solo de pensar lo.

—Bueno, ¿y qué tal? —se interesa—. Has estado todo el verano en tu pueblo, ¿no?

—Exactamente. ¿Y tú? ¿Qué tal por Peñíscola?

—Pues, bueno... Mi madre cogió el apartamento en una zona en la que no había ni dios. Ya tenía ganas de volverme.

Kala y sus padres tienen la costumbre de irse todos los veranos a diversos escenarios playeros de la geografía española. Yo siempre la he envidiado por esto, aunque ella nunca está satisfecha con los destinos que escogen.

—¿Has visto a alguien más? —pregunto nervioso.

—Qué va, si acabo de llegar. Me ha escrito Adri. Está de camino.

Adri también forma parte de nuestro grupo de amigos. A pesar de que yo no he hablado con ella en todo el verano. Ni un mísero mensaje. Se podría decir que se junta con nosotros porque Kala hace de nexo amistoso entre nosotros.

—¿De Lucas sabes algo? —me pregunta.

—Nada —respondo de inmediato—. Ahora tenemos Historia, ¿no? Nos ha tocado Eugenio.

—Sí, sí. Oye, ¿vas a seguir este año yendo a natación?

—Pues claro.

—¿Ya has hecho la matrícula?

—La hizo mi madre la semana pasada. ¿Y tú?

—Yo igual. Menos mal que no me toca ir sola.

Seguimos atravesando pasillos y esquivando a alumnos desorientados. Al entrar en la que va a ser nuestra clase este año, la estampa se me antoja de lo más deprimente. Todos los pupitres están separados. Se acabó lo de ponernos en grupitos como el año anterior. El bachillerato viene pisando fuerte. Igualmente, Kala y yo nos sentamos uno al lado de la otra. En un corillo del fondo se encuentran, entre otros, Julián y Laura. Estoy dispuesto a apostarme un pie a que ambos han elegido el mismo itinerario para seguir en la misma clase. Llevan con el mismo plan desde tercero de la ESO.

Al poco entra Adri montada en unas botas considerablemente elevadas. También luce una falda estampada, unas medias negras y una blusa de una marca que yo no reconozco pero que seguro que es muy cara. Como era de esperar, la mayoría de mis compañeros se ha girado para verla entrar. Kala le hace una señal algo brusca con la mano. Adri se acerca contoneándose sobre sus taconazos.

—¿Qué tal, chicos? —exclama con cierta musicalidad.

Enseguida nos planta a ambos dos besos. En cuanto a simpatía, resulta bastante más afable que Kala. Un tufillo a melocotón emana de su cuello de un modo ciertamente invasivo.

—¿Qué tal el verano? —le pregunto.

—Pues en Galicia, como todos los años.

—¿Al menos este te ha hecho bueno? —esta vez es Kala la interesada.

—Creo que en total ha salido el sol dos días y un cuarto. Lo justo para meterme en el mar y remojar la *chocaina*.

Ella se ríe y yo con ella. A pesar de que Adri y yo no tenemos demasiada confianza, debo reconocer que su forma de expresarse me divierte. El contraste entre su imagen delicada y la tosquedad de su forma de hablar resulta de lo más extravagante.

Continuamos poniéndonos al día sobre nuestros veranos hasta que Julián se acerca a nosotros.

—Chicos, ¿a vosotros os ha salido algún glauco? — pregunta en voz baja.

—Pronto empezamos —protesta Adri.

—A ti te lo vamos a decir... —le insinúa Kala.

—No, si a mí me da igual... Pero ya hay padres del AMPA que están pidiendo que se haga público. Así que, si tenéis alguno, escondedlo bien.

—¿Qué dices? —pregunto yo incrédulo.

—¿Cómo van a pedir eso? Además, ¿para qué? Si no son contagiosos —recuerda Kala.

—Bueno, eso no está del todo claro —responde Julián—. En la tele han dicho que...

—Julián, ¿en serio te crees todo lo que dicen en la tele? — pregunta Adri—. Pareces mi madre, no me jodas.

—Vosotros esperaos. Ya veréis como pronto nos hacen hasta revisiones.

Y sin esperar a que le respondamos se vuelve a su sitio.

—Revisiones, dice el *flipao*... —suelto ofendido.

—Ni caso. Ese miente más que habla. Ay, si Laura supiera... —fantasea Adri con malicia.

Kala chista con temor a que nos hayan oído. Adri y yo reímos con la complicidad propia de dos camaradas que tienen muy claro quién es el enemigo.

Eugenio, el profesor de Historia del Mundo Contemporáneo, entra a toda prisa en el aula. Sin darnos descanso ni tregua, empieza a contarnos todos los detalles en referencia a su asignatura: temario, objetivos, evaluaciones... Durante su sermón varios escalofríos recorren mi nuca. A mitad de la clase, alguien llama a la puerta.

—¿Se puede? —pregunta alguien en un murmullo.

—Sí, claro —responde Eugenio con amabilidad—. Entra.

Es la voz de Lucas. El silencio que deja tras su entrada nos hiela la sangre a todos. Como azotado por un látigo invisible, me pongo completamente rígido de golpe. Siento como la tripa se me retuerce. El pecho se me acelera al escuchar e imaginar a Lucas esquivando pupitres y sentándose en la última fila. No soy capaz ni de mirarlo a la cara. Tampoco lo necesito para sentir sus ojos posándose en cada uno de nuestros cogotes para cazar a quien lo mire de refilón. Por supuesto, ya se sabía que íbamos a ir juntos a la misma clase, pero había intentado evitar a toda costa pensar en ello. Lo último que me apetecía era volver a encontrarme con él.

Lucas ha sido mi mejor amigo desde primero de infantil. En casi todos los recuerdos que poseo, él aparece de un modo u otro. Sin embargo, nuestra relación está en coma desde abril del curso pasado. Por desgracia, Lucas se puso enfermo ese mes y no regresó a clase. Por causas que nunca conocimos dejó de responder al teléfono. Tampoco aceptó visitas. En el instituto se elucubraba con que le había salido un glauco gigante en la cara, pero nunca llegamos a saberlo con certeza. La figura de Lucas se convirtió en el misterio más comentado del pueblo. De pronto dejó de subir fotos a las redes sociales. Había desaparecido; y nosotros, al no saber cómo reaccionar ante tal

situación, lo fuimos dejando de lado. Yo nunca lo llegué a llamar. Esto es algo que todavía me sigue escociendo, pero me indigné tanto con su evaporación que no me apetecía ni tratar de localizarlo. No obstante, tenía que recordármelo casi a diario: si Lucas ha decidido ignorarme también a mí, allá él.

Trato de mirarlo de reojo, pero no me atrevo. Me fijo en Kala y en la mirada de desasosiego que me lanza. Ella tiene mejor acceso a su imagen. Después observo a Adri, quien, como yo, tampoco alcanza a verlo. Imagino que ella también estará de los nervios, puesto que hasta unos meses antes de que Lucas dejase de venir a clase, ambos habían sido novios durante un año y medio. La relación terminó de forma abrupta y bastante traumática cuando Adri descubrió que Lucas se había estado enrollando con otra chica del instituto durante casi un trimestre.

Necesito girarme y mirarlo, no sé si por morbo o por preocupación, pero necesito hacerlo. Ahora mismo no dispongo de esa posibilidad; así que, con disimulo, saco el móvil de mi bolsillo y, sin encenderlo, intento que en la pantalla negra se refleje su rostro. Lo consigo, aunque no obtengo un retrato demasiado nítido. Se ha dejado el pelo largo; ahora parece un emo. O un Beatle de esos. A pesar de su nuevo peinado, no logra ocultar el glauco gigante que se extiende alrededor de su ojo izquierdo, impregnando incluso parte de su nariz y su pómulo derecho. Resulta verdaderamente asqueroso; el manchurrón me recuerda a un enorme huevo frito de un color verde negrísimo y un tanto amoratado. Algo así como un hematoma que se hubiese infectado.

—Jon, guarda el móvil —me ordena el profesor.

Obedezco dando un pequeño bote desde mi silla. Confío en que Lucas no haya apreciado mi sutil indiscreción. Aunque a través de una pantalla negra, esta ha sido la primera vez en mi vida que veo un glauco.

\*\*\*

—Ni nos ha saludado —me espeta Kala.

Estamos de camino a la piscina cubierta municipal. Ya durante el curso pasado solíamos encontrarnos en el punto en que nuestros caminos se cruzan para llegar al recinto. Este año hemos renovado nuestra vieja costumbre.

—Ha sido muy tenso —opino yo.

—Pero ¿qué le pasa? ¿No piensa hablarnos nunca?

—No tiene pinta de que vaya a hacerlo.

—Tú no llegaste a hablar con él cuando... le pasó eso, ¿no?

Siento un pinchazo junto a las costillas. Los recuerdos aún conservan su filo.

—Qué va, si se esfumó. Nadie logró localizarlo, que yo sepa.

Pero eludo el dato de que yo ni siquiera intenté contactar con él.

—Me parece cruel. ¿Cómo ha podido ser capaz de habernos tenido tan preocupados? Una llamada, coño. No sé. Un mensaje aunque sea. “Chicos, voy a estar un tiempo desconectado, ¿de acuerdo?”. Con eso hubiera bastado.

Dicho en boca de Kala, el discurso resulta aún más convincente.

—A lo mejor los que nos hemos equivocado hemos sido nosotros —dejo caer.

—¿A qué te refieres?

—No sé, si a mí me pasara algo, por muy malo que fuese, creo que os lo contaría. O al menos os pediría tiempo para contároslo. Pero algo diría seguro. En ningún caso os dejaría con la incertidumbre.

—Es que es lo lógico.

Pienso un instante antes de pronunciar tan duras palabras.

—A lo mejor no somos tan amigos como creíamos —resuelvo.

A Kala esto le duele. No tanto como a mí, pero sé que le duele.

—Puede ser —concluye con tono de derrota.

Entramos en las piscinas y cada uno se dirige a su vestuario. En mi mochila tengo el maldito *corbody*. Varios meses después, mi torpeza logra que siga tardando más de cinco minutos en ponérmelo bien. En cuanto termino me miro al espejo. Parezco un surfero salido de una de esas ridículas películas americanas. Además, se me marca demasiado el paquete. Mejor obviar tal detalle para poder centrarme en la clase. Al salir del vestuario, Kala ya me está esperando. Siempre me ha fascinado su facilidad para guardar su melena larga y rizada en un gorro de

goma tan estrecho. Ella también lleva puesto su *corbody*, igual de largo y ajustado que el mío.

—No me acostumbro a esta mierda —protesto mientras me acomodo el traje de baño, especialmente por la zona de la entrepierna—. ¿Hasta cuándo vamos a tener que llevarlo?

—Bueno, vosotros antes podíais nadar en calzones si os daba la gana. Nosotras llevamos toda la vida poniéndonos trajes como este. No os viene mal saber qué se siente.

Doy por comprendido el microataque hacia mi virilidad.

—*Touché* —respondo.

—Si lo que nos dijo Julián es verdad, a lo mejor nos lo tenemos que poner hasta para ir a clase.

Me río sin ganas para darle a entender que estoy de acuerdo. Desde luego, resulta bastante improbable que con estos nuevos chismes se nos vea algún glauco; a no ser que se encuentre en las manos, los pies o la cara, como en el caso del pobre Lucas.

En la sesión de hoy sufro la falta de entrenamiento del verano. Cuando llevo poco más de veinte minutos de clase, el corazón comienza a latirme a ritmo de trap. El monitor ha ignorado nuestra circunstancia y ha impuesto un nivel de exigencia imposible. Detesto a esa gente obsesionada con el deporte por ser incapaz de comprender que los demás no tenemos ni su resistencia ni sus ganas de tenerla.

A la salida, Kala y yo volvemos a casa paseando bajo la noche cálida y tranquila que nos otorga el final del verano. Las terrazas de los bares aún congregan a un montón de arevalenses

intentando atrapar los pocos días de sol que nos deben de quedar. El aroma a pinos que se respira por el barrio de las Malvinas ayuda a que nos recuperemos lentamente de la paliza subacuática que nos han metido. Yo camino con la mente aún nublada. Lo cierto es que durante todo el día no he podido dejar de pensar en Lucas. Y estoy seguro de que Kala tampoco.

—¿Y de Adri qué me dices? —me pregunta ella de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué te digo de qué? —repito algo desconcertado.

—¿Cómo la has visto?

—Pues... no lo sé. Tú la conoces mejor que yo. ¿Cómo la has visto tú?

Kala se toma unos segundos para responder.

—Si te digo la verdad, no lo tengo claro. A mí nunca me habla de Lucas, pero se nota que no lo tiene superado.

—Yo no se lo noto.

—Pues yo sí. Me da que ella tampoco ha hablado con él en todo el verano, pero aun así creo que sigue sintiendo algo por él.

—Es que yo tampoco sé muy bien cómo gestiona ellas estas cosas. A veces me parece muy superficial.

—Ay, Jon, no seas simple. Eso es como... un mecanismo de defensa. Lo de los cuernos la dejó muy jodida.

—Fue una putada.

Kala me mira con cierto recelo. Adivino que aún me juzga porque yo en su momento no me posicioné acerca de ese tema. Un tema que, por otra parte, fue absolutamente ajeno a mí.

—Yo creo que sigue pillada —afirma finalmente.

No puedo evitar que en mi interior se escape una risotada irónica. Aún me acuerdo de cuando estábamos en primaria y Lucas y yo nos reíamos de Adri. No es algo de lo que esté orgulloso, pero a determinadas edades no siempre somos conscientes de nuestra crueldad. Nos mofábamos de ella por algo tan tonto como que le gustase llevar el pelo corto. Aquella absurdez nos bastaba para llamarla “marimacho”. Más adelante, al llegar a la adolescencia, a Adri le salieron las tetas y sus hábitos empezaron a cambiar, como les sucedió a casi todas las chicas de nuestra clase. En Kala, sin embargo, sí se perpetuó cierto aire masculino. La natación ejerció en su cuerpo un evidente ensanchamiento tanto en su espalda como en sus andares. Pero a Adri la pubertad la convirtió en una princesita. En una piña, más bien. Y esto fue lo que seguramente embrujó a Lucas, manteniéndolo detrás de ella desde sexto de primaria hasta tercero de la ESO, cuando por fin la conquistó.

—Oye, Kala... —tanteo el terreno.

—Dime.

Tomo aire.

—¿Te fijaste en el glauco?

Pero mi amiga no responde de inmediato.

—Era imposible no hacerlo —contesta por fin.

—No me lo imaginaba así.

—Ni yo.

La lástima detiene nuestra conversación unos instantes. Quizá porque no sepamos muy bien qué decir. Quizá porque tengamos miedo a cagarla.

—A ver, es una mancha sin más —me aventuro—. Ya han dicho que no tienen importancia.

—Sí, pero al pobre se le ve bastante acomplejado.

—Porque es el primero que tiene uno. Visible, quiero decir. Cuando haya más gente como él, se le irá pasando.

—También es mala suerte. Anda que no había sitios para salirle el maldito manchurrón.

—¿Tú tienes alguno?

Kala traga saliva con disimulo.

—No —responde con firmeza—. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Al menos de momento.

Ella me sonríe con una evidente indiferencia.

—Y si lo tuvieras, ¿me lo dirías? —insisto.

Esta vez tarda en preparar su respuesta.

—Pues... No lo sé. Supongo que sí. En algún momento acabaría contándotelo.

Asiento con un ligero movimiento de cabeza. Sus últimas palabras me han dejado pensativo. ¿Qué haría yo si me saliese un glauco? El mero acto de pensarla hace que la angustia me corroa. Es preferible no imaginarse este tipo de desgracias. Si llegase, ya lo afrontaría. Como afronté el final de mi amistad con Lucas, por mucho que me reviente pensar que, si ese glauco no hubiese aparecido, nada hubiese cambiado entre nosotros. En cualquier caso, situarme ante tal circunstancia me hace empatizar de alguna manera con mi examigo. Me entristece pensar en lo solo que se ha debido de sentir frente a su enfermedad. Tan solo seguramente como me siento yo desde que él decidió no confiar en mí.